

Análisis Eventual

EGIPTO

La “rebelión” de la sociedad egipcia

Barbara Azaola

Fecha de publicación: 11 de julio de 2013

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán

Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos

Universidad Autónoma de Madrid

www.opemam.org

ISSN: en trámite

El 30 de junio de 2013, coincidiendo con el primer aniversario de la toma de posesión de Mohamed Mursi como presidente de la República tras su ajustada victoria en las primeras elecciones presidenciales del periodo post-Mubarak (en las que obtuvo un 51% frente a su contrincante Ahmed Shafiq que obtuvo un 49%), fueron convocadas en Egipto multitudinarias manifestaciones en las principales ciudades del país para exigir al presidente Mursi su renuncia. La convocatoria había sido lanzada en el mes de abril por un grupo de jóvenes, sin adscripción a ningún partido político, y formaba parte de la campaña que bajo el nombre de "Tamarrud" (Rebelión) había llegado a recoger hasta 22 millones de firmas de egipcios y de egipcias que exigían la retirada de confianza del presidente islamista, que había obtenido 13 millones de votos, así como la convocatoria de elecciones presidenciales anticipadas, por el fracaso de las políticas llevadas a cabo por el presidente durante este año y la deriva de corte autoritario y la falta de consenso que habían caracterizado su primer año en la presidencia. A esta campaña de desobediencia civil se sumaron prácticamente la mayoría de los partidos políticos de la oposición, y en el último momento también el partido salafista Al Nur, así como plataformas y organizaciones de la sociedad civil.

Solo en la ciudad de El Cairo se celebraron 14 marchas para exigir la renuncia de Mursi: ocho de ellas se dirigieron al palacio presidencial y seis a la plaza Tahrir. Según los datos del Ministerio del Interior entre 14 y 17 millones de personas salieron a la calle en las mayores manifestaciones celebradas en la historia reciente del país. Así mismo, seguidores del presidente se manifestaban en otras zonas de la capital para mostrar su apoyo a Mursi. La tensión y la violencia estalló entre ambos bandos provocando víctimas mortales en distintas ciudades del país. Al llamamiento de la plataforma "Tamarrud" y del recién creado "Frente 30 de junio" a continuar con la presión en la calle y al anuncio de una campaña de desobediencia civil y de huelga general hasta que el presidente no presentase su dimisión, se sumó el anuncio de una hoja de ruta en la que se detallaban los pasos a seguir tras la dimisión de Mursi: la presidencia recaería en el presidente del Tribunal Constitucional, la Cámara Alta – que funciona como instancia legislativa tras la disolución judicial de la Cámara Baja- sería disuelta, la Constitución anulada, se formaría un gobierno de unidad nacional y posteriormente se celebrarían elecciones legislativas y presidenciales. Esta era la hoja de ruta presentada por la plataforma "Tamarrud" a la que se sumó el apoyo de las Fuerzas Armadas que se comprometieron a proteger a los manifestantes de posibles actos de violencia.

Las Fuerzas Armadas entraron en escena el 1 de julio dando un ultimátum de 48 horas a los dirigentes políticos para que dieran respuesta a las demandas del pueblo que seguía ocupando las plazas y calles de las principales ciudades del país exigiendo la dimisión del presidente. En caso de no cumplirse, presentarían una nueva hoja de ruta para el periodo futuro. Pero la hoja de ruta ya estaba diseñada y 48 horas después, tras numerosas conversaciones con distintas fuerzas políticas e institucionales, el ministro de Defensa, el General Al Sisi, ofrecía una rueda de prensa conjunta con el Gran sheij de Al Azhar, el Papa copto Tawadrus II, el recién nombrado portavoz del "Frente 30 de junio", Mohamed El Baradei, así como un representante del partido salafista Al Nur, de "Tamarrud" y de la judicatura, para presentar esa hoja de ruta consensuada, salvo con los representantes de los Hermanos Musulmanes. En paralelo, las fuerzas de

seguridad impedían salir del país a altos cargos de la organización islamista y Mursi era retenido por la policía militar.

El escenario de la vuelta de los militares a la primera línea política no es el deseado ni el demandado por muchos de los activistas que participaron en las manifestaciones del 30 de junio. No hay que olvidar el papel jugado por la cúpula militar tras la caída de Mubarak en febrero de 2011 y los actos de violencia que se cometieron bajo su mandato. Tampoco los privilegios económicos de los que gozan desde hace décadas. Al retomar protagonismo político se corre el riesgo de que monopolicen el proceso tal y como ocurrió hace dos años y medio. Haberse situado del lado de las fuerzas democráticas y de millones de egipcios y de egipcias que exigían una nueva hoja de ruta, además de intentar frenar la violencia que grupos islamistas estaban ejerciendo contra los opositores de Mursi, resultó la solución menos dañina para salir de una situación de punto muerto y de una espiral de violencia que iba en aumento.

Sin embargo, las decisiones que se han ido tomando desde entonces, como el bloqueo por parte de los salafistas de Al Nur a que Mohamed El Baradei fuera nombrado primer ministro y su “chantaje político” para mantener los artículos de referencia islámica de la Constitución recién suspendida; la declaración constitucional promulgada el 8 de julio por el nuevo presidente interino, Adli Mansour –ex presidente del Tribunal Constitucional-, sin el consenso necesario entre los distintos actores implicados y en la que se otorga al presidente amplios poderes, así como la actuación extremadamente violenta del ejército con los manifestantes seguidores de Mohamed Mursi, están defraudando, una vez más, a aquellos activistas pro-democráticos que desde enero de 2011 están exigiendo en las calles, pagando un precio muy alto, un cambio real en país, una democracia representativa, justicia social y mejores condiciones de vida.

Es el momento de que los dirigentes políticos, de todas las ideologías, estén a la altura de las circunstancias, hagan partícipe a una nueva generación de activistas y acepten sin temor nuevas formas de hacer política. Puede resultar clave el papel que jueguen los jóvenes de los Hermanos Musulmanes, algunos de los cuales ya están mostrando sus diferencias con los dirigentes de la organización y han creado la agrupación “Hermanos sin violencia”, que exige la dimisión del Guía General Mohamed Badie basada, fundamentalmente, en la incitación a la violencia de sus últimos discursos. De no ser escuchadas sus peticiones, se produciría una nueva escisión en la organización que, liderada por estos jóvenes islamistas, podría facilitar que se alcanzara un clima de consenso con el resto de las fuerzas políticas, necesario en estos momentos.

Lo que parece evidente es que la ciudadanía está cada vez más implicada en política y busca la fórmula para ser consultada de la manera más directa posible y poder participar en las tomas de decisiones. Los egipcios y las egipcias están en el camino del aprendizaje propio de un proyecto revolucionario que rechaza la forma de gobernar basada en la represión y en el autoritarismo. La sociedad se ha rebelado contra la concentración de poder de un presidente, y de una organización que no representa al conjunto de los ciudadanos y esa “rebelión” ha supuesto una señal de que la legitimidad revolucionaria puede triunfar sobre otro tipo de legitimidad. Cualquier intento por frenar este proyecto y por volver a un sistema inmovilista, creará mayor inestabilidad no solo en Egipto sino a nivel internacional.